

# LOS 75 AÑOS DEL MONASTERIO BENEDICTINO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD DE LAS CONDES

## **Homilía del Arzobispo de Santiago en la Celebración Eucarística del Miércoles 04 de diciembre de 2013**

Reverendísimo señor cardenal, mi querido padre abad, representante de la Nunciatura Apostólica y del Santo Padre, queridos sacerdotes, especialmente queridos hermanos de la comunidad benedictina, queridas hermanas benedictinas, queridas hermanas religiosas y religiosos, muy queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Este día nos encontramos reunidos aquí en un *Monte Santo* para dar gracias a Dios por el don que ha concedido a la Iglesia en san Benito y por el don especial que ha concedido a la Iglesia de Santiago con la presencia, desde hace 75 años, del carisma benedictino en nuestra Iglesia particular de Santiago. Lo hacemos con un corazón agradecido porque sabemos que todo don viene del Padre y que el don que el Padre le otorga a su Iglesia constantemente, es un don necesario para el momento concreto que la Iglesia vive, en cada tiempo y en cada situación. Es así como, con un corazón agradecido, la Iglesia universal reconoce en el carisma de Benito un don recibido, en un determinado momento de la historia, que llegó para estar en el corazón de una sociedad nueva, que empezaba a tejer su historia: el camino para su propia realización, simplemente tomando por guía el Evangelio, y la práctica de la vida cristiana hecha de oración y trabajo. El proyecto de Benito suscitó en la sociedad entera un estímulo para encontrar una vida abundante en el Señor.

Sabemos bien lo que ha significado el carisma benedictino para la Iglesia y para la historia de la humanidad. Estamos muy agradecidos al Señor por esta manifestación de su providencia infinita, que se hace historia en la vida de unos hombres y de unas mujeres que lo han encarnado y vivido a través del tiempo, al ritmo de la gracia de Dios. Un don carismático ofrecido a un Fundador, que ha sido difundido en los discípulos, y se ha ido acrecentando en el marco de la historia a través de dones continuos que el Espíritu

Santo regala a su Iglesia. También nuestra Iglesia de Santiago ha recibido este don del Espíritu. A lo largo de estos 75 años, la presencia del carisma benedictino ha regalado a tantos consagrados y laicos, un impulso de vida evangélica, llamado a transformar la historia en un anticipo del Reino definitivo de Dios.

Como Obispo de esta Iglesia quisiera, en el día de hoy, además de agradecer al señor este don maravilloso, agradecer también a esta comunidad benedictina que ha sabido encarnarlo en nuestra Iglesia. Agradecer que desde aquí, desde este lugar, un grupo de hermanos hayan sabido ser agradecidos por el don de la vocación recibida, siendo un fermento de vida cristiana en la Iglesia y en la ciudad de Santiago. Muchas gracias, hermanos y padres, por el servicio que están prestando y han prestado a nuestra Iglesia.

La Palabra de Dios que hemos escuchado es una invitación. Hablando con el padre prior, hace algunas semanas, él me decía: “¿qué tarea nos pediría usted para esta comunidad benedictina a favor de la Iglesia y de la ciudad de Santiago?”.

Aquí está mi respuesta: el Profeta Isaías, en este tiempo de Adviento, nos propone la visión de un monte santo, un monte santo donde germina la justicia, la paz y, sobre todo, donde germina esa experiencia fundamental para la vida de todo hombre y de toda mujer: el encuentro con Dios. El monte santo del cual habla el profeta Isaías en la lectura de hoy es, justamente, la acción de Dios que, a través de su hijo Jesús, da vida nueva, abre a la esperanza, indica el camino de la vida e invita a subir a esa montaña.

También el texto del evangelio habla de una montaña, el lugar donde Jesús asciende con sus discípulos para manifestarles y para entregarles el misterio del Reino de Dios. Y Jesús, en esa montaña, en ese lugar elevado, abre sus ojos frente a la realidad de las personas que lo acompañan; y descubre que no tienen pan, que necesitan ser alimentados y pide a los discípulos que les den de comer. Siente una compasión muy profunda hacia la multitud que lo está siguiendo. Y de siete panes y unos pocos pescados, no solamente ofrece abundante alimento para todos, sino que abre a la abundancia: sobran siete canastas de panes y de peces.

Cuando pensaba en la tarea que podía pedirles a mis hermanos de la comunidad benedictina, pensé justamente en los dos textos de hoy: también los cristianos de hoy, todo hombre y toda mujer, tienen una gran necesidad de *encontrarse con Dios*. Si analizamos los males que aquejan nuestra sociedad y nuestro tiempo, encontraremos una raíz común de ese mal, raíz común que es la falta de experiencia de Dios.

Quisiera pedirle a esta comunidad benedictina que, desde este lugar puesto en el monte, pueda ser y ofrecer un espacio espiritual para que la gente y los cristianos de Santiago nos podamos encontrar más profundamente con Dios, más verdaderamente con Dios. Que aquí podamos vivir y puedan vivir muchas personas la espera del Adviento, que no es una espera vacía, sino la

espera llena de Jesucristo, Él que es la esperanza que no engaña, como nos dice San Pablo en la carta a los Romanos. Que aquí puedan subir muchas personas para encontrar ese espacio donde encontrarse vitalmente con Dios, donde decidir y volver a decidir la propia vida en comunión con Dios, en diálogo con Dios, en una obediencia filial a Dios, sabiendo que aquí podrán encontrar caminos de vida, y que en Dios podrán encontrar –podremos encontrar– el sentido más profundo de la existencia. Que este lugar sea para Santiago y los habitantes de Santiago, un espacio que atrae, para encontrarse con Dios. Que aquí la vida de los monjes pueda estar al servicio de ese anhelo profundo de encuentro con Dios que anida en el corazón humano. El encuentro con Dios nunca llega a su plenitud, sino en la visión definitiva. Por eso, también es bueno para quienes caminan en la comunión con Dios, y buscan honestamente caminar con Dios, que siempre pueda haber un lugar para profundizar esa comunión y ese encuentro.

¡Qué servicio pastoral hermoso y extraordinario, que aquí los seis millones doscientas mil personas que habitan Santiago, puedan encontrar un espacio de misericordia, de gracia y de bendición, que es el encuentro con Dios! Que aquí, la comunidad cristiana puede encontrar hermanos que están haciendo un mismo camino, pero que, gracias de Dios, en ese camino, viven una experiencia profunda de gracia.

En segundo lugar, el texto del Evangelio pone de relieve lo poco que tenían los apóstoles para dar de comer a una multitud tan grande. Tal vez también la comunidad benedictina de este lugar pueda experimentar lo mismo que pensaban los apóstoles: ¿y qué es esto para tanta gente? Sin embargo, la experiencia de los apóstoles los puede llevar a descubrir que la pequeñez, la pobreza de los propios medios, se vuelve sobrebundancia en las manos de Cristo, por la presencia del Salvador. Entonces, quisiera pedirle a esta comunidad, como un servicio muy especial a la Iglesia de Santiago, que nos ayude a ser audaces en lo que el Señor nos pide; que no nos refugiamos en nuestra debilidad, sino que sepamos ofrecer al Señor lo poco que tenemos, seguros y confiados en quien multiplica nuestra pequeña entrega, lo que podamos ofrecerle de nuestra vida.

Cuando, desde la oración y la reflexión, miro la realidad de nuestra Arquidiócesis, percibo una gran desproporción entre la tarea inmensa y los trabajadores que somos: laicos y laicas, religiosos y religiosas, sacerdotes, obispos. Hay una tremenda desproporción entre lo que el Señor nos pide y lo que tenemos. Lo que somos y lo que tenemos son solamente siete panes y esos pocos peces. Pero, es el Señor quien multiplica los panes; es el Señor quien sacia el hambre de esa gente; es el Señor quien ofrece palabras de vida eterna. ¡Es cuestión de fiarse!

Queridos hermanos benedictinos, ofrézcanle a la Iglesia de Santiago *el don de la audacia evangélica, el don de la audacia del Espíritu*, y sientan que,

de verdad, desde este lugar, desde la contemplación y desde la tarea de acompañar a otros en el camino de la contemplación, ustedes están ofreciendo a la Iglesia, están ofreciendo al pueblo de Santiago, un don tremendamente grande. Sin duda, no depende de sus fuerzas, pero cuentan con la gracia, la fuerza y la potencia del Espíritu Santo. Gracias y adelante.

Queridos hermanos y hermanas, la liturgia es la acción de gracias; unamos por consiguiente nuestra acción de gracias a la de Cristo el Señor, para ofrecerla junto con él al Padre. Amén.

*Abadía de la Sma. Trinidad  
Casilla 27021 – Santiago 27  
CHILE*